



Relatoría del Curso Taller La dimensión afectiva en la producción de conocimiento antropológico

Marco Julián Martínez Moreno
PPGAS, MN, UFRJ

Frida Jacobo Herrera
CEA-FCPyS

Geovani Cruz Vázquez
FA-UAEMEX

¿Cómo estudiar a las emociones, si no conocemos las nuestras? ¿El o la antropóloga está exento de toda afectación de los discursos y prácticas de sus interlocutores en el campo? Además de los antecedentes teóricos ¿las experiencias y trayectoria del o de la antropóloga tienen alguna relación con el conocimiento generado? Estas y otras preguntas más fueron abordadas en la segunda edición del curso taller “La dimensión afectiva en la producción de conocimiento antropológico”, coordinado por Frida Jacobo Herrera, profesora del Centro de Estudios Antropológicos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, y facilitado por Marco Julián Martínez Moreno, investigador del Programa de Postgraduación en Antropología Social del Museu Nacional de la Universidad Federal de Río de Janeiro. El taller se realizó en las instalaciones de la FCPyS entre los días 9 y 12 de abril de 2019 y contó con una variada participación de estudiantes de licenciatura, maestría y doctorado de las áreas de antropología y psicología, así como investigadoras y docentes vinculadas a universidades, órganos de gobierno y organizaciones no gubernamentales.

El reconocimiento de la dimensión emocional y afectiva del investigador viene constituyéndose en un tema de reflexión importante por las implicaciones metodológicas en el trabajo de campo, el análisis de los datos y



el conocimiento finalmente generado y publicado en etnografías, artículos, presentaciones públicas, entre otros medios de comunicación. En la propuesta del taller, el análisis de la dimensión interior, sensorial, emotiva o anímica de los y las etnógrafas en el campo permite (1) comprender los límites de la percepción del investigador, (2) problematizar la observación y el registro sobre el “otro” y (3) relacionar ese punto de vista a una moralidad de la cual el antropólogo participa y se posiciona para escribir.

El taller buscó el examen del registro emocional por medio de prácticas reflexivas, lecturas de artículos (véase bibliografía al final de este documento) y la discusión sobre la escritura a partir de situaciones de campo. Se trató, así, de un encuentro donde fue problematizada la relación entre (1) los debates académicos que motivan preguntas iniciales de investigación entre los y las estudiantes, (2) el estado anímico, interior, emocional y sensorial del o de la investigadora, (3) la teoría nativa, prácticas y situaciones registradas en campo, (4) el cambio de las preguntas y del enfoque de los investigadores resultantes de la inmersión en el campo y (5) la producción de registros etnográficos que buscan condensar teoría etnográfica.

Como punto de partida, la discusión grupal buscó problematizar la relación entre racionalidad y conocimiento científico, resaltando cómo emociones como angustia, la ansiedad o el temor, por ejemplo, son motores de la investigación, conducen la manera de analizar los datos y permiten tanto la explicación de fenómenos o la interpretación de los mismos. En otras palabras, el registro emocional del o la investigadora hace parte de como él o ella explora, conoce, crea y trata de cierta forma dominar su entorno, y es parte indisoluble de la generación de conocimiento.

La antropología, como disciplina científica, no está exenta del abordaje de las emociones porque su punto de partida para generar conocimiento es precisamente el contacto, muchas veces íntimo, con los otros; la convivencia y



el estar allí con nuestros interlocutores en el campo, es una experiencia de tipo efectiva en relación a la diferencia, principio de la comprensión la cultura o de la alteridad. Como fue discutido durante el taller, al establecer vínculos con nuestros interlocutores, es inevitable que el investigador no se envuelva afectivamente; del mismo modo, nuestros informantes también establecen una relación caracterizada por afectos, lo cual nos permite desarrollar empatía y comenzar nuestras conversaciones e indagaciones. Y lo anterior es clave para comprender el proceso etnográfico, pues nos hace pensar en la importancia del reconocimiento de la dimensión emocional del o la antropólogo y en la necesidad de desarrollar una sensibilidad para estar atenta del involucramiento afectivo y del registro de categorías emocionales relativas a prácticas sociales y narrativas.

Es bien sabido cómo muchas de estas narrativas traen consigo una variada gama e intensidad de sentimientos, afectos y emociones que hacen referencia al dolor, la angustia, la ansiedad, la alegría, la euforia, entre otras caracterizaciones nativas de estados personales y de la vida en sociedad. Fue parte del debate mencionar la dificultad en desenvolver esa sensibilidad para el registro de las emociones propias y ajenas, las cuales muchas veces no vienen explícitas en el discurso, trayendo complejidad al análisis del entramado de relaciones que sustentan la realidad de las personas con las cuales nos relacionamos en el campo. Es en este entramado que las experiencias emocionales tanto de los investigadores como de los informantes se conjuntan, construyendo así un discurso posicionado, donde tanto antropólogo como interlocutor son personas morales, que participan de la vida de los otros en complejos intercambios en relaciones de reciprocidad. Esto, entre otras cosas, generó controversias en el taller acerca de la dificultad de la separación entre objeto y sujeto en la vivencia del trabajo de campo y sobre los supuestos de neutralidad y distanciamiento que serían característicos del trabajo científico.



Dado que no estamos exentos de la fusión con los otros en el campo, el recurso del psicoanálisis, entre otras maneras de contornar un yo consiente de la propia trayectoria emocional (tales como como rituales chamánicos o terapias de diversas órdenes), funge como un proceso que permitirá al o la antropóloga crear la ya citada sensibilidad y estar atenta a ciertas trampas de la percepción que nos pueden conducir a la apercepción sociológica ya denunciada por Louis Dumont (1970). Es decir, si el/la investigadora desconoce las emociones que ciertas experiencias y escenarios le generan, tendrá dificultad en caracterizar la experiencia y la vivencia de sus interlocutores sin transponer el propio sistema de valores del investigador. Este autoconocimiento es dinámico, nunca termina y, al contrario del supuesto de evitar la interferencia de las emociones en el proceso de investigación, es fuente de conocimiento tanto de las relaciones que registramos en el campo como del tipo de vínculo que creamos con nuestros interlocutores, sea como identificación, empatía, rechazo, disgusto, etc.

La discusión sobre el desarrollo de la sensibilidad emocional del o la investigadora, permitió problematizar la cuestión de la autoría de nuestras etnografías. Estas últimas fueron tratadas como género literario y objeto en el cual necesariamente la o el antropólogo se posiciona en primera persona y dialoga con el conocimiento de sus interlocutores y los antecedentes teóricos de la investigación. Posicionarse como autor o autora en el texto implica, entre otras cosas, la descripción de cómo fue construido el objeto de indagación, mostrando cómo la trayectoria y la experiencia del investigador hace parte del conocimiento generado y publicado en una etnografía. Al ser la etnografía una disposición ante el mundo y no un método, como sugerido por la antropóloga Mariza Peirano (2014), la experiencia del etnógrafo necesariamente está informada por los antecedentes teóricos e empíricos que sustentan los intereses académicos del antropólogo, en diálogo con el conocimiento nativo y las



teorías sobre la vida en sociedad de nuestros interlocutores. Es por tanto, el punto de vista del antropólogo y su producción etnográfica, un discurso posicionado que teje referentes morales diversos, problematizando por lo menos dos supuestos acerca de la ciencia en la modernidad: la separación entre objeto y sujeto y la necesidad de controlar las emociones del observador con el propósito de generar datos y resultados de investigación investidos de neutralidad.

Este punto, desató polémicas relativas a las ya clásicas discusiones sobre la autoridad del antropólogo o sobre la capacidad que tiene este último de hablar del o por el otro, teniendo en cuenta la dificultad en describir y entender aquello que nuestros interlocutores caracterizarían como emocional. También, levantó preguntas sobre la posibilidad de traducción de categorías de emocionales; sobre cómo describir sentimientos o afectos; sobre si es posible llevar hasta las últimas consecuencias las narrativas de nuestros interlocutores, las cuales muchas veces son asumidas como una “creencia” (relativa a la alienación) o que en el caso de investigaciones sobre violencia, nos causan indignación, haciéndonos ver nuestros límites morales ante situaciones de diferencia y desigualdad; o sobre la idea de la empatía, que puede ser caracterizada como una práctica ideológica en Occidente (véase Lutz, 1988), que nos lleva a pensar que podemos sentir lo que el otro siente.

Este debate es particularmente sensible en relación a la investigación sobre fenómenos de violencia, como ya fue señalado, pues en ella la confrontación moral del antropólogo con sus interlocutores impone desafíos reflexivos acerca de los sentimientos de investigador al escuchar narrativas de víctimas, agresores o testigos de la violencia. Durante la exposición de su trabajo doctoral, Marco Julián Martínez-Moreno (2018) mencionó que para poder conseguir su análisis sobre razones morales acerca de actos de agresión de hombres acusados de violencia doméstica contra la mujer en Río de



Janeiro, él tuvo que problematizar la “fascinación” o la “repulsión” emergente durante el acompañamiento al proceso jurídico y a la rutina de algunos de esos hombres fuera del juzgado donde eran responsabilizados. La reflexión sobre las emociones en el campo, muchas veces de manera retrospectiva, tanto en el diván como en círculos académicos, posibilitó a Martínez-Moreno problematizar nociones como empatía o *rapport* en su relación con sus interlocutores y revalorar datos de campo que muchas veces eran descartados, dada una ausencia de “identificación” con algunos informantes.

La dimensión emocional en el trabajo de campo implica una aproximación al sentir de los otros, por tanto, es un esfuerzo por comprender una manera de ser y estar en el mundo a través de discursos, prácticas y gestos que envuelven categorías emocionales o sensoriales. A pesar de algunas recomendaciones sobre la relevancia del registro emocional del etnógrafo en el trabajo de campo formuladas por Malinowski (2001) en *Los argonautas del Pacífico occidental*, en la antropología en sus inicios no se plantea la incorporación de dicha sensibilidad. En una breve presentación sobre el campo de la antropología de las emociones hecha durante el primer día del taller, fue más claro cómo la categoría emoción pasó de ser objeto de reflexión del otro en problema metodológico para el investigador. A partir de aportes del psicoanálisis, los feminismos y la teoría de género y desarrollos sobre la participación y la mutualidad del ser en los estudios de parentesco, autores como Georges Devereux (1967), en la segunda mitad del siglo XX y los llamados postmodernistas norteamericanos, entre otros, abrieron el debate acerca de la relevancia del registro emocional del o la antropólogo en la producción en conocimiento en antropología.

¿Qué sucede con la teoría antropológica cuando la emoción está en el centro de producción de conocimiento? Esa fue la pregunta que invitaba a la reflexión durante los tres días del taller y que apuntaba la problematización de



la centralidad de la racionalidad en la aproximación a la experiencia humana, privilegiada en la creación de conocimiento científico en Occidente. Retomando argumentos ya postulados por Émile Durkheim (1996), Marcel Mauss (2003), Lucien Lévy-Bruhl (1985) o Claude Lévi-Strauss (1997), la emoción, la sensorialidad o la sensibilidad hacen parte de la creación de conceptos y de la racionalidad, lo cual abre un panorama más amplio acerca de la complejidad de la vida en sociedad y su registro por el o la antropóloga. Esto último exige, no sólo el desarrollo de una sensibilidad, como ya se ha anotado, también el posicionamiento del investigador con herramientas heurísticas para apreciar las diferencias de orden afectivas, resultantes de la inmersión en el campo. Esto último nos permite pensar en la propuesta de Jeanne Fravret-Saada (2005) de dejarse afectar por el otro para tener la capacidad de interpretar la vida de otros en sus propios términos. Bajo dicho enfoque se menciona, entonces, que el o la antropóloga expone en su producción científica como resultado de la interacción intersubjetiva entre el investigador y sus informantes.

La subjetividad, entendida como construcción del sujeto en un entorno cultural particular situado histórica, social y espacialmente, funge en los estudios antropológicos de las emociones como una categoría y punto fundamental para entender las relaciones de reciprocidad establecidas entre investigador e interlocutores durante el trabajo de campo. Con la invitación al desarrollo de una sensibilidad sobre la emoción del o la antropólogo, se contribuye al entendimiento de cómo se construye o emerge el sujeto en un entorno social particular. Con la finura y sutileza de la disposición etnográfica, podremos, entonces, contribuir con la descripción en diversos contextos de la relación entre experiencias de vida, emociones, memoria, contexto socio-histórico, político y económico, para dar cuenta como estos elementos se conjuntan y construyen sujetos y economías morales, de acuerdo a la



singularidad de cada cultura.

Así, la categoría emoción no sería tanto una cosa relativa a estados internos de individuos sino un elemento fundamental en la organización social; una cualificación que adquiere sentido en prácticas sociales y sistemas simbólicos, como ya lo han sugerido varias autoras del campo de la antropología de las emociones, para lo cual su abordaje implica reconocer sus vínculos con otras dimensiones de la vida social como el género, la política y el parentesco. Estas relaciones fueron problematizadas durante el segundo día del taller, que buscó relacionar la discusión sobre epistemología a casos etnográficos sobre el movimiento de madres cuyos hijos fueron víctimas de la acción policial en Río de Janeiro documentado por Adriana Vianna y Juliana Farias y la investigación ya mencionada sobre hombres agresores de mujeres, realizada por el facilitador del taller. Estos trabajos problematizaron la actuación del antropólogo en campo desde el registro de la ciudadanía y del comprometimiento político, en donde la creación de comunidades emocionales a través de la empatía y de la centralidad de la categoría de víctima hace parte del repertorio esperado de campos altamente politizados como lo son el de la violencia de género o el de crímenes de Estado.

El examen de otros casos etnográficos también sucedió durante el tercero día del taller, cuando las y los participantes expusieron sus investigaciones particulares. Nelly López Azuz, doctoranda en antropología de la UNAM, propuso una investigación con técnicas del psicodrama, para entender las “escenas temidas” de los antropólogos en campo y de cómo éste establece estrategias de control emocional. Everardo Urquiza, estudiante de la licenciatura en antropología de la Escuela Nacional de Antropología e Historia presentó algunos avances de su trabajo de campo sobre el testimonio de tristeza en los hombres me’phaas de Agua Tordillo (Guerrero) y problematizó este sentimiento en relación al alto número de suicidios masculino en esta



localidad. Anabel Robles, antropóloga de la Universidad Autónoma Metropolitana, relacionó el padecimiento de la angustia con formas de gubernamentalidad, enfocando su atención en procesos económicos y políticos mediante los cuales es creada la necesidad de consumo de medicamentos para el manejo del malestar asociado a esta categoría emocional. Marcela López Pacheco, doctoranda en antropología por la Universidad Nacional Autónoma de México, expuso algunos adelantos sobre su trabajo de campo sobre el abandono terapéutico a mujeres con infección por el virus del papiloma humano, problematizando las causas por las cuales algunas mujeres interrumpen la trayectoria terapéutica. Verónica Suárez Rienda, en antropología por la UNAM, presentó una reflexión sobre su registro emocional a partir del relato de la relación con una paciente de cáncer que murió durante su trabajo de campo. Erick Serna Luna, doctorando en sociología del Colegio de México, presentó algunas reflexiones sobre su trabajo de campo en el metro de Ciudad de México, centrándose en la construcción de una economía moral a partir de la categoría de miseria. Perla Frago, doctora en antropología e investigadora del CIESAS (Mérida), presentó algunas reflexiones acerca del odio de género o misógino a partir de una investigación realizada sobre feminicidios en el Estado de Chiapas entre 2012 y 2016. Isabel Bueno, doctoranda en ciencias de la sostenibilidad en la UNAM, presentó su reflexión sobre el papel de las emociones en las nociones sobre el buen vivir y el diseño de planes de vida entre los habitantes de la región de la Sierra Norte de Puebla. Denisse Guidiño Quezada, psicóloga y orientadora de una escuela pública en Ecatepec, problematizó el Plan de Convivencia Escolar, contrastando el deber ser normativo del documento con las múltiples problemáticas sociales que enfrentan los niños y jóvenes con los cuales ella trabaja. Rocío Sánchez, presentó su proyecto de investigación en el cual vinculó la historia de padecimiento de cáncer de los hombres de su familia con la violencia



estructural que sufrió su propio padre durante su tratamiento en instituciones hospitalares. Por último, la profesora- investigadora Oliva López Sánchez de la FES-Iztacala, UNAM, psicóloga y doctora en antropología, trajo algunas reflexiones sobre los procesos socio-emocionales de defensores de derechos humanos en México y de cómo el miedo, al tiempo que crea una comunidad emocional, hace parte de un complejo de emociones que van siendo nombradas de maneras diferentes durante el proceso de creación de una identidad profesional.

Finalizando el taller, quedó abierto el debate acerca de cómo la emoción está presente en todo momento y en todo entorno social, por lo que el antropólogo o antropóloga optará por incorporarlas y analizarlas como una dimensión comprensiva de la experiencia humana. Derivado de ello se plantea la siguiente pregunta ¿cómo el/la antropólogo-etnógrafo entre-teje su dimensión emocional con la tensión emocional de los actores sociales? La respuesta queda en la imaginación y habilidad de cada antropólogo. Lo que sin duda aportará es al progreso de la antropología de las emociones hoy día pertinente para el estudio de fenómenos sociales abordados con metodologías positivistas y objetivas en donde la experiencia humana queda en segundo término.

Referencias citadas

DEVEREUX, George. *From Anxiety to Method in Behavioral Sciences*. De Gruyter Mouton, 1967.

DURKHEIM, Émile. *As formas elementares da vida religiosa*. São Paulo, Martins Fontes, 1996 [1912]

DUMONT, Louis. *Homo Hierarchicus. The Caste System and Its Implications*. Chicago: The University of Chicago Press, 1970.

FAVREET-SAADA, Jeanne. “Ser afetado”. *Cadernos de Campo* 13: 155-161, 2005.



LÉVI-STRAUSS, Claude. *El pensamiento salvaje*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1997.

LÉVY-BRUHL, Lucién. *How natives think*. Princeton: Princeton University Press, 1985 [1922].

LUTZ, Catherine. *Unnatural Emotions: Everyday Sentiments on a Micronesian Atoll and Their Challenge to Western Theory*. Chicago: University of Chicago Press, 1988.

MALINOWSKI, Bronislaw. *Los argonautas del Pacífico occidental. Comercio y aventura entre los indígenas de la Nueva Guinea melanésica*. Barcelona: Ediciones Península, 2001 [1922].

MARTÍNEZ-MORENO, Marco Julián. *Civilizar a cultura. Questões de modernização e a afirmação de dignidade entre homens acusados de violência doméstica e familiar contra a mulher*. Tesis de doctorado, Departamento de Antropología, Instituto de Ciencias Sociales, Universidad de Brasilia, Brasilia, 2018.

MAUSS, Marcel. “Efeito físico no indivíduo da ideia de morte sugerida pela coletividade”. In: *Sociologia e antropologia*. São Paulo: CosacNaify, pp. 345-365, 2003

PEIRANO, Mariza. “Etnografía não é método”. *Horizontes Antropológicos* 20(42): 377-391, 2014.

Bibliografía abordada en el taller:

Martes 9 de abril

- El lugar de la emoción en la producción antropológica.

BOLAÑOS FLORIDO, Lady Paola. El estudio socio-histórico de las emociones y los sentimientos en las Ciencias Sociales del siglo XX. *Revista de Estudios Sociales*. No. 55, enero-marzo, pp. 178-191, 2016.

- La trayectoria del investigador y su punto de vista.



GOW, Peter. “Answering Daimã’s Question: The Ontogeny of an Anthropological Epistemology in Eighteenth-Century Scotland”. *Social Analysis* 53(2): 19-39, 2009.

- Afectos, emoción y afectación en la creación de teoría etnográfica.

GOLDMAN, Márcio. “Os tambores dos mortos e os tambores dos vivos. Etnografia, antropologia e política em Ilhéus, Bahia”. *Revista de Antropologia*, São Paulo 46(2): 445-476, 2003.

Miércoles 10 de abril

- Emoción, género, parentesco y política.

VIANNA, Adriana, FARIAS, Juliana. “A guerra das mães: dor e política em situações de violência institucional”. *Cadernos Pagu* 37: 79-116, 2011.

- Seducción etnográfica, apercepción sociológica y problematización de los registros de la empatía y el desagrado

MARTÍNEZ-MORENO, Marco J. “Ensayo sobre seducción etnográfica, apercepción sociológica y ethos privado en la etnografía sobre la violencia”. En JIMENO, M., GONGORA, A. e OLMOS, A (eds.), *Etnografías sobre la violencia em América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia – em prensa, 2019.

Viernes 12 de abril

- Presentación de proyectos, avances de campo o de textos etnográficos de los y las participantes del taller.